



Eduardo
Mileo

Poemas
del sin trabajo

EDICIONES EN DANZA



Eduardo
Mileo

Poemas del sin trabajo

EDICIONES EN DANZA

Poemas del sin trabajo

Eduardo Mileo

Poemas del sin trabajo - 1ª edición - Buenos Aires: 2007

ISBN: 978-987-1118-27-4

Imagen de tapa: Detalle de fotografía del libro

Extinción (Últimas imágenes del trabajo en la Argentina)

de Dani Yako

Eduardo Mileo

emileo@telecentro.com.ar

Realizado con el apoyo del Fondo Metropolitano

de las Artes y las Ciencias

del Ministerio de Cultura del GCBA



Eduardo Mileo

**Poemas
del sin trabajo**

*A todos los que luchan
para tocar el cielo con las manos.*

Los paisajes

“Estoy desorientada, sin comprender lo que me sucede
y, sobre todo, lo que no me sucede.”
CLARICE LISPECTOR, *Revelación de un mundo*.

“Una paz policial invadía las carreteras (...)”
ANTONIO GAMONEDA, *Edad*.

Paisaje madrugador

La mañana
de ópalo se mueve
de la montaña al valle
dejando tras de sí la soledad
de las laderas sin árboles
con una sombra más alta
que una copa de ausencia.

Salir a la intemperie
sin saber muy bien
qué es la intemperie, ni
qué cosa la intemperie significa.
Algo que no duele pero
que al lenguaje se traduce
como dolor.

¿Qué cosa es este dolor
que sólo cree y
crece como nunca?

Salir cuando el alba

desnuda la mañana y
deshace la intemperie
con un golpe de bruma.
Cuando la sombra más alta
es una ausencia pero
no hay árboles.
Dolor que se traduce
y cree como nunca.

La mañana es una sombra
del lenguaje, un
vidrio esmerilado a través
del cual se ve la sombra
de una ausencia.

Paisaje interior del indignado

Resplandor

en los ojos del que ha visto
crecer un mundo dentro de una boa.

Multiplicado

como un buey para el trabajo
definido por la ausencia de descanso.

Resplandor que no sabe
lustre de qué se le festeja.

Celebración que no sabe
premio de qué resplandor es.

Crecer

y ser un mundo
pero dentro de una boa.

Crecer pero arrastrarse
crecer sólo a lo largo

tragado por un mundo
tragado por la boa.

Ausencia es lo que falta de sí
para el trabajo.

El lustre de no ser que se festeja.

El cuerpo que no sabe que es un buey.

Celebración de qué.
Resplandor de qué premio brilla
sobre una sombra.
El aire del sin luz
definido con trabajo.
Lustre
de la boca de la boa
que se traga su buey.
Mundo
sin luz que crece
de esa ausencia.

Paisaje del desamparo

Baja el dolor como del cielo.

Llega desde el mar
desde la sombra.

Clama como un árbol,
contra el viento.

Se levanta sin dios,
amanece sin templo.

Es una gota de barro
en el desierto.

El que está sin amor
camina lentamente.

Hasta el aire lo hiende
de astillas y plumas.

Muerde la vergüenza,
mastica la desdicha,
y es la comida que rumia eternamente.

El que está sin trabajo
camina lentamente.

Y mira al sin amor
y lo cree sin trabajo.

“Somos como dos gotas
–dice–
de sangre en la sangre.”
Y el dolor baja del cielo
y clava su estalactita.
Llega desde el mar
como la sombra.
Clama contra el viento
como un árbol.

Paisaje con bebedero

Baja a beber.

Su cuello de boa busca
el agua necesaria.

Bullicio del silencio.

Baja del agua.

Busca el lugar que necesita
para beber sin sonido.

Baja y su cuello
de boa necesita
buscar.

¿Para qué tantas vueltas?

Simplemente, bebe.

Mas no bebe simplemente, pues
su cuello de boa ya no quiere
bajar. Erguido busca
la altura necesaria.

No sabe para qué.

Si tantas vueltas son
en realidad

los círculos concéntricos del sorbo.

Pero bebe.

Finalmente, y bebe lo necesario.

No más cuello de boa.

No más búsqueda ni vueltas

ni agua ni

necesidad.

Trabajo necesita y, en fin,

agua también.

Paisaje del campo de la infancia

Después de haber caído
la noche sobre el campo
de haberse confundido
contra el cielo la copa de los árboles
hay todavía una luz tenue
inercia de las cosas
que desean su espejo.

No hay un alma en la tierra.
O sólo hay almas.
La tierra
partida por un rayo
herida por un
sol de oscuridad.

Ha caído la noche.
Contra los árboles el pozo
se eleva de su inercia.
El campo necesita esa luz tenue:
no la fiesta de las cosas
recortadas sobre fuego.

De todos modos nadie
celebraría esas galas:
no hay un alma en la tierra.

Partida por un soplo
herida por un rayo sin sonido
la noche como un campo
sobre los árboles cae.

Paisaje con pescadores

Mediodía de lunes.
En la costanera los
pescadores disfrutan
del sosiego.
Soleado como Dios
el día los arrulla. Les
da la bienvenida.
Nada desafina pues
nadie canta.

Los diamantes del sol
caídos en el agua
reflejan el deseo
del sin trabajo.
El hilo de su luz lo va llevando.
Lo aleja de la costa.
Lo marea.
Lo tumba boca abajo.
Zamarrea
su ebria lucidez.
El gran desocupado toca tierra.

No hay pique. Los cansados
levantan campamento.
Ahogado está el espejo.
Amargos son los días
de infructuoso sendero.
Él sueña con labores
ruidosas como el mar.

Paisaje de lluvia con música de chapas

Llueve.

El cielo es un techo de chapas.

Abrigado bajo

la solidaridad de un árbol

conversa en malos términos con Dios.

Una hilera de gotas

resbala por su nuca. Los

clasificados no sirven

ni de paraguas.

¿Pero quién sirve a quién cuando nada
sirve en este mundo?

Ni siquiera un perro es

una máquina de lamer.

Los árboles no sirven

de abrigo mucho tiempo.

Por su nuca resbala la humedad tenaz.

Ya es chapa. Hierro viejo

vendido por su peso.

Bajo las viejas

marquesinas se agolpa

la muchedumbre
que mira caer el agua
con ojos de vaca.

Paisaje con unas monedas

En menos de lo que canta un gallo
se ha quedado mudo:
ha perdido el rumbo.
Sólo quiere llegar hasta la esquina
pero se niegan las piernas
el ser entero se niega.
Se sienta en el umbral más cercano.
Hace frío y se hiela
el pensamiento.

Tirita un estribillo y
le canta a la campana de San Juan.

Pero el misterio lo sobrecoje:
el sufrimiento que se hace idea
la lenta confusión que lo separa
no sabe de quién
no sabe de dónde.

El frío lo despeja.
La mente muelle del reposo lo ha calmado.

Cuenta las monedas del bolsillo.
La matemática —cree— es el deseo
de crear un mundo sin dolor.

Paisaje del cola de perro

Un manto de ceniza oculta el sol.
Como un reguero de silencio
camina
la gente por la calle anonadada.
Nadie está ahí
pero se siente
en la neblina palpitar la ausencia.
Tibio,
como de haber llorado,
el sin trabajo cruza de vereda.
“Esto es ahora y para siempre”
—piensa,
y al llegar respira
como saliendo de un río—.
El manto de ceniza se dispersa
cuando se lleva
la mano a la frente.
“Va a estar bravo”
—dice al aire,
y se para el último
de la cola—.

Paisaje de la calle odontológica

La calle es un dolor de muelas.
Fuera de sí
desubicado en la estridencia del martillo
canta para que adentro
llueva y le moje
el dolor.

¿Toda agua es cantante de sí misma?
¿Qué líquida voz
en la ondulante
marina red halla su muerte?
¿Qué canto funeral la desintegra
la ahoga
desanima su paciencia?
Toda voz desea su silencio.

Pero la calle desilusiona:
el mismo siempre dolor de muelas.
Si al menos un contraste
le devolviera el color.
Él canta con toda
la voz que le es posible.
Mas canta para adentro:

no se le oye la fe.

¿El agua es un modo de religión?
Ninguna fe sin herejes es confiable.
Todo dolor inventa su anestesia.

Paisaje con silbo vulnerado

No duele.

Ya no queda dolor.

Sentado en un banco

se rasca la cabeza

para saber qué hacer.

Ahora camina.

De las alturas

cae el agua de las plantas.

Implora porque cae.

Pero no dice

no reza una plegaria.

Camina con los piojos

camina con las manos

con las ojeras. Tiembla

para poner calor en algún lado.

Silba.

El aliento empaña

sus fotos familiares.

Hace frío pero siente

transpirar la palma de las manos.

Paisaje soñado

Camina
porque no sabe dónde ir,
y no quiere rodar como una piedra.
Se mira en las vidrieras,
mira los ojos de la gente,
el mundo ajeno,
las alegrías como postes de luz
que deja atrás el tren.
Ya no se ve en el cielo:
dejó de ser un ángel
y todavía no es humo.
Pero recuerda.
Y en el recuerdo camina:
ya no quiere rodar.

El sin trabajo sueña
que heredó una fortuna.
Y no puede decidir si irá a París
o paseará su máscara en Venecia.
La espuma se le sube a la cabeza,
lo ahoga
no lo deja pensar.

El barco cabecea como un ebrio.
El sin trabajo despierta sin amor
sin dinero
con la salud quebrada.

Paisaje con policías

Por la vereda del sol
camina el resto de los mortales.
Por la vereda de la lluvia
se hacina el sin trabajo.
Él sabe que se trata de cruzar de vereda.
Pero la calle está dura.
Y llena de policías.
Canta el sin trabajo algo
parecido a un rumor.
La sorda melodía el paso imita
la carreta de la esperanza
la rueda
cuadrada de la fortuna.
“Si tuviera un amor
—piensa el sin trabajo—
cantaría una rumba.
Pero no tengo un centavo
y canto una vidalita.”

Paisaje de lluvia con lágrimas

Llueve
sobre los techos apretados
como un silencio que quiere desbordar.
No se oye respirar porque no es aire
alrededor sino miseria.
El sin trabajo revuelve en su memoria
para creer que su alegría continúa.
Bajo el toldo de una tienda
mira el agua infinita
horadar su voluntad y llora
y el silencio como un río
se lleva la mañana.

Paisaje sin plata

Es una pena
que en la laguna del bolsillo
los cocodrilos hayan hecho su festejo.
Hilachas: no dejaron
albóndiga mondable.
Reptiles venenosos
se esparcen en el agua
podrida de las pelusas.
Sudorosos batracios
anguilas malnacidas
haciendo de la peste su parnaso.
Pero sin hesitar
el sin trabajo no doblega la testuz.
Camina derecho
por un camino imaginario
evitando las juntas
de las baldosas:
flojas, babosas,
guanacos del distraído.

Paisaje junto al cordón de la vereda

El sin amor mira el reflejo
del sol en el agua estancada del cordón.
No sabe si el eco
de su mirada en agua de oro
llegará hasta el cielo lúcido
y orará para amar.
Pero su lucha continúa porque es grande
el silencio de la falta de abrazo.

Escindido como un dios
entre la tierra y el cielo
se eleva de a pedazos y cae
en el agua estanca de su soledad
entibiada por el brillo de sus ojos.

El sin amor sabe que es tenue
su reflejo en la charca,
frágil su historia,
la épica de sus grandes derrotas.
Pero cabe en su mano el recuerdo
de los días felices
y se hace más amable

la sed de su espera.

Paisaje de una noche de invierno

Hace frío.

El sin trabajo recibe

los beneficios del viento.

Todavía no suena la sirena

ni el olor de la tinta se ha secado en los diarios.

Hace frío en la cara.

Una mujer duerme.

Se cobija con cartones.

¿Qué recordará?

¿Qué sueña el abandono?

La música de la noche es un tren de carga.

La avenida está casi desierta.

Las luces iluminan el vacío.

Pero las grandes construcciones se mantienen
de pie como los árboles.

No agitan las copas.

No brindan por nadie.

Se levanta la solapa del abrigo.

Realmente hace frío.

Hay bastante soledad para llenar un vaso.
El ruido de sus pasos resuena muy lejos.
Los afiches le sonrían
como si supieran dónde va.

Paisaje del desocupado que piensa en el trabajo

“Camino —piensa el sin trabajo—
sin rumbo pero firme,
encadenado al círculo.
Da trabajo pensar como un cielo.

Si el silencio quisiera
darme su melodía.
Pero susurra
apenas, y no escucho.

Quedate un poco más
adentro de mi alma.
Sé mi pastor,
mi redención eterna.

No nos une el amor
pero te extraño.”

Paisaje desde la ventana de un bar

Tras la ventana
ve pasar el café.
En la ausencia de sus ojos,
las manos de la ausente.
No deja de haber vidrio
donde hubo cicatrices.
Pero café,
lo que se dice aroma,
sólo viene de su mano,
que ya no viene.

Tras la ventana del café donde
avisos clasifica
ve pasar una anciana
tercamente encorvada
casi ciega
enlentecida por el goce del cemento.
Se asoma como un vidrio,
la ve como de día,
la llama con el grito
que hay detrás de los ojos.
Pero la espuma

del café se desvanece
se enfría como el humo.

Otra vez baja la vista al diario.
El sin trabajo habita
el orfanato de la fe.

Paisaje del que mira la luna

Interrogando al ser por el vacío,
entregado al placer de estar inmóvil,
con la vista clavada
en un dios que vaga entre los astros,
medita.

Su conciencia es clara como el mediodía.
Ha dejado atrás el desamparo,
la pesadilla del roble.

Navega
sobre la alfombra persa de su sueño.

No sabe si está aquí
o no sabe qué es aquí.
El silencio está poblado de sonidos:
el universo quiere cantar.
Abre su boca
 sus ojos
 su corazón
sorprendido por la oscura grandeza.
Bajo la bóveda
bajo los vientos que aúllan sin apuro
levanta al cielo las manos

para ver.

No quiere que amanezca
sin sentido. Se siente
de regreso como el mar.

Paisaje del consuelo de tontos

En el horizonte de sus pensamientos
el sin trabajo espera una seña.
Sabe que no araña la razón de su vida
con esos circunloquios efimeros
esas ausencias de lógica que son
traducciones de la ausencia de comida.
Observa con atención alguna cosa
que no requiera demasiada atención
y vuelve a caminar
recorre
toda esa pobreza
clasificada.
Cree el sin trabajo
que sus lagunas mentales son transitorias
porque algo sabrá conseguir
más allá de los laureles
que todos supimos y nunca
fueron eternos.

Paisaje de la parada del colectivo

Decenas de personas forman
una cola cuyo fin
no se vislumbra.
El sol afina su puntería
contra el conjunto vacío
de toda protección.
El sin trabajo se agolpa
debajo de sus pensamientos
y forma él solo
la fila de los que no van a viajar.
Es una pena ver esos rostros
ajados por el silencio.
Podrían ser sus hermanos
o algún otro atributo de su sangre,
pero no cree el sin trabajo que llegue
a intimar con ellos.
Hay lindas chicas,
hombres que de solo verlos fumar
se les adivina el abandono.
Nunca es tarde para el olvido
—piensa el sin trabajo— y,
sin embargo,
ya ni el olvido llega

de tan lejos
que queda este páramo.

Paisaje con turistas

El sin amor o el sin trabajo se abre paso
entre las hordas de turistas
que empuñan sus falos fotográficos.

Una mujer de robusto porte
lo encañona con su Nikon
y sin piedad dispara
y le cuela los ojos.

El sin amor o el sin trabajo no cree
que la mujer se deje
seducir por la ansiedad de sus candiles.

La robusta se aleja
con rubia sonrisa
y abraza a un grandote
que parece noruego.

El vikingo reciproca el abrazo.

El sin amor
o el sin trabajo
cruza de nuevo la calle
y se aleja de las carteleras
de su efímero paso por la gloria.

Paisaje de verano abrumador

Hace un calor histriónico.
El sin trabajo camina
bajo el sol de la búsqueda.
“No comprendo mi lengua
—piensa en un alto de su descanso—:
soy un extranjero en mi mente.
El ocio está hecho para el silencio
pero el silencio es el espacio
donde resuenan los martillazos.”

Si no prospera la lluvia
no habrá qué pensar.
Y los detalles fluyen
con la estrechez de lo incoloro.

“No comprendo mi lengua:
no está hecha de arena, de cal ni de cemento
pero construye un acuerdo con el mundo.
¿Cuándo he firmado ese contrato?”
—se esfuerza en recordar el sin trabajo.

Pero la lluvia no prospera
y la saliva es espesa.

Los pensamientos caen
como picos de pájaros
sobre su frente.

“No comprendo” —dice—
mientras su lengua sorbe las primeras gotas.
Su sonrisa
entonces
es una sala con vitrales.

Paisaje de un abrir y cerrar los ojos

Aceite fúnebre,
café de la mañana.
Es un reguero de ansiedad la calle.
Una mujer
aleja de su almuerzo a una paloma.
En la plaza los gritos tienen hijos.

El sin trabajo mira el cielo
y no descubre qué parte
de ese azul es el dios
que se le niega.
Aunque es un día peronista
el sin trabajo tendrá
que apechugársela solo.

En la sangre derramada del ocaso
la trompeta del silencio lo acompaña.

Paisaje desbordado por la gente

Madrugada.

Después de un combate
desigual contra la sábana
el sin trabajo ha muerto
resucitado y salido
en busca de trabajo.

Nadie lo mira mas él
se empecina en buscar una respuesta.

Revuelve en la teoría
de sus ojos marrones
el desierto tumultuoso
la silenciosa arenga
que le devuelva el aliento.

Pero nada es así
y todo retrocede
menos esa columna
que corta la calle.

El sin trabajo se conmueve
baja la cabeza y cruza
al amparo de la multitud.

Paisaje del que acaba de ver

El sin trabajo camina la ciudad
con el alma empapada
y la lluvia lo despoja
con la lentitud de una ceremonia.
El rito que le cala los huesos
no le llega al corazón
inflamado de banderas
de algarabía.

El sin trabajo recoge el guante
que la vida le arroja en la cara
y lo da vuelta como un guante.

Llora y se moja
con el agua de sus ojos.
Se moja de emoción
de violenta alegría.
Sabe
por primera vez en su vida
que ya no tiene apuro.

Paisaje de la muchedumbre en la plaza

Todo está ahí,
entre las alas que se alejan
y los pies.
El pensamiento es un objeto frío.
Él quiere creer
que debajo de la vida hay puentes.
Cuando se cansa dobla
el sobretodo negro como un rito.

Deberían hablar
las veredas mojadas.
El sin trabajo mira sin ver
el hormigueo de la gente.
Plaza de Mayo.
Hace falta un cuerpo.
Algo que organice una acción.

Los oficios

“Una casa de familia es aquella donde, además de mantenerse el fuego sagrado del amor bien encendido, se mantienen las ollas sobre el fuego.”

CLARICE LISPECTOR, *Revelación de un mundo*.

“Vi cabezas absortas en las cenizas industriales.”

ANTONIO GAMONEDA, *Edad*.

Sueño con campesino

Un hombre vuelve solo entre las zarzas.
Los girasoles han rotado su cabeza.
Para verlo, desnudo como vuelve,
sin la ambigüedad de su atavío.

En una mano lleva la hoz.
En la otra mano lleva la horquilla.
Bajo el sol aplastante de febrero
su cabeza se confunde con el trigo.

Vuelve a la casa, pero no sabe dónde
hallará la paz de su tormenta.
Vuelve sin fe, y es el ángel
de su propio desamparo.

Cada cosecha, la misma monotonía.

La vida es así.
Cuando menos se lo espera,
empieza a llover.

Sueño con jardinero

La manguera caracolea sobre el abismo verde.
Como una yegua husmea
el suelo seco con su hocico húmedo.
Y el brote hace nacer la primavera
como un trabajo nuevo.
El jardinero guarda sus enseres.
Sus manos pone al cuidado de la tierra.
Nadie ha visto un rosal prematuro.
Nadie ha creído que el jazmín se marchita.
Así de natural crece su obra
su modesto Versailles.

Si tuviera estatua ecuestre
montaría sobre una regadera.
Y sería de bronce su estatura.
Pero temprano amanece
para seguir con su trabajo minucioso.

No sabe si es placer
pero disfruta
de los signos de admiración
que algunos visitantes dejan

en sus ojos.

Sueño con herrero

Entre el hierro y el oro
la tregua de sus ojos.
Trabaja el árbol de la reja
como un orfebre el sol de los rubíes.
Herrero, soldado
de una milicia antigua como el cielo.
Conserva la fatiga de la fragua
la interminable religión de la escalera
el peto de la puerta
acorazada.
Atada el alma de magneto
al hielo en la visión de los metales
trabaja, y la fatiga
lo cuelga de su cruz.

Nadie cree
guerrero
que has dado la batalla.
Que por justos
han llorado tus ojos.

Entre el hierro y el oro

serán tuyas las manos.
Trabajarás la reja de tu cárcel
con una libertad de moribundo.

Sueño con carpintero

La madera lo llama.
Su infantil aroma de pupitre
lo convence
de que el amor es posible.
Tornea en su mente
paisajes ajenos;
el resto son manos
a la obra, la luz
que es tanta y sin sentido.
El carpintero hace música de sierra
pinta la falta
que le hacen los sillones.

Nada en su memoria está quieto.
Pero nada lo turba.
Las imágenes pasan
por orden a sus planos
como muñecos de cucú.
Hoy es el trabajo más amado:
la escultura del aire,
el hielo de la boca,
el apretado corazón de las tenazas.

Sueño con albañil

No sabe si los ojos
despertarán del olvido
oscuros como son
amenazados.

Caminará con las manos
cerca del cielo
por el andamio mirará
las mariposas.
No habrá que darle su ración
si no la busca.
Trabjará sin distracción:
sin acechanzas.

Desde el andamio orinará
alcohol de olvido
para aclarar las alturas.
A medianoche viajará
de la pared al cordón
y del cordón a la nada.

Sueño con plomero

El agua sorda
o abierta en estampida
es una astuta presa:
parece que esperara
una señal del cielo
mas lanza la primera
de las piedras.

Es un diamante solo
continuo y luminoso;
cabalga en su manada
de transparentes crines.

Un líquido sagaz,
precoz y asaz,
una amenaza cierta,
derramada, lúdica.

Aplicando las artes
del mester de plomería
procura minimizar
los rítmicos desórdenes.
Sus herramientas son Dios,
el soplete y el plomo,

alguna que otra llave de abrir
los purgatorios.

El agua está al acecho
como animal temido.

Él cierra las ventanas
para evitar el viento.

Se presiente el combate
entre el bárbaro y Roma.

Alza el fajo de estopa
como tosca bandera
y con toda su ciencia
busca el ojo
de la pérdida.

Sueño con electricista

La luz desnuda la noche.
Es un grito del cielo.
Un desahogo del mundo.
Un rayo hiende la tierra
quema las ilusiones
desalienta el olvido.
Él abre su silencio a las ventanas.
Pela los cables
con minuciosa serenidad.
La cinta se adhiere
a los mínimos alambres.
Lo aísla.

La gente lo llama
para salir de su abismo.
Su figura crece en las tinieblas.
Pero una cosa es dar luz
y otra, estar iluminado.
Él cree que es un buen conductor
y una sonrisa
le alumbra el rostro.

Sueño con pintor

Remueve los colores y la vista
se pierde en el abismo de la mezcla.
Su oficio es la pintura
cubrir la pampa de los muros.
Ajeno al arte
a la mirada escrutadora
ajeno al devenir de la conciencia
frota el pincel contra el revoque grueso
la brocha en las paredes distraídas.

Los tonos pastel no son su fuerte
ni el durazno sangrando
ni el pistacho asesino.
Prefiere la dura personalidad del ocre
la intemperie del azul
la fortaleza del blanco.
Si la mezcla está espesa
la embriaga de aguarrás.

Al mediodía parrilla y vino tinto
aromas urticantes
pícaros sabores

tabaco y siesta digestiva.

Cree que es un jaguar:

la piel moteada con el color de turno.

Sueño con obrero

Se hace tarde.
Vuela en el enjambre.
Toda la vida odiando la exactitud,
la puntual agonía del esclavo.

La camisa Ombú:
su acicalado símbolo de pertenencia.
Todo a su turno
en su medida y armoniosamente.
Pero la sangre pesa más que el sudor.
Y a la semana se la lleva el viento.

Trabaja con los ojos
en un horizonte cercano.
Bromea con todos,
ocasionales compañeros:
mañana nunca se sabe.

En la piedra de esmeril pule el silencio.
Toda la vida cabe en una mano.

Sueño con estibador

Avanza la mañana sobre el puerto.
Sobre las lanzas del agua se refleja la luz.
Moles de hierro y sogas
para atar el cansancio.
Hay gotas como petróleo vivo,
arco iris del tedio.
Otra mañana sin sol
no se habría soportado.

Avanza como un viento
un grupo de estibadores.
Sus perfiles recortan
como dioses egipcios.
Hay gotas de sudor
que son coronas de espinas,
herramientas como clavos
y la cruz del tiempo.

Trabajan
y es un don:
Dios es testigo.
Para entrar en el mar

hace falta silencio.

Pero él entra en el depósito
y el muscular sonido de los tanques
es su océano.

Sueño con carnicero

La media res se balancea
como una hamaca de plaza.
Azul
desliza en el silencio.
Se hamaca la mitad
de una res porque toda
es demasiado para el vértigo.
Hoy es carnicero y revive
el íntimo degüello.

Han pasado siglos de todo
lo que vale la pena recordar.
Se seca el sudor con una punta
del delantal anochecido por la sangre.
Chilla la chaira cuando afila y
chispas deja escapar.
Como el mármol blanca
la coyuntura.

Azul
sellada en el abdomen
errada en el color de su costumbre.

Se hamaca como un niño.
Como la noche cae
sin enemigo.

Sueño con motoquero

Barro
de la ruta.
Tumulto que transita.
Tocado por el viento.

Imán de la caída.
Lleva su carga de diversos.
Casi en el dolor
de la cornisa.

Un oído en el motor.
Un oído en la calle.
Casi nunca
 nada
en el bolsillo.

Vaciado de sombras
como un ruido
lo embosca la madrugada
beodo en Boedo.

Sueño con maestro

Abre la ventana del aula.
La aurora le envenena los ojos.
Conoce la angustia del menor
ante el pizarrón en blanco,
la desatada violencia del recreo,
la ilusión maternal del guardapolvo.

Se compadece de los jóvenes
que aún creen en la docencia
como un sacerdocio.

Toma lista
encarga una tarea y lee
todo lo posible:
ya está anestesiado por los libros.

Cuando su turno finaliza
recoge sus cosas
saluda al aire y se va
para otra escuela.

Sueño con empleado estatal

Papeles.

Tan sólo papeles.

Un oscuro precipicio de papeles.

Rezar

sobre el escritorio

a una lámpara quieta.

Habría que llorar de absurdo.

Llegar al cero Kelvin burocrático.

Pero hay que vivir.

Llenar papeles.

Escribir las horas

para que el tiempo resista.

Una mujer pregunta algo

sobre la pensión de su marido.

La respuesta es no

o faltan papeles.

Habría que tener
—quizá no siempre—
antorchas en la mano.

Sueño con médico

En su asepsia temprana
que el alba vuelve azul
el hospital lo espera.

Todas las mañanas
la silenciosa presencia
de la gente en la sala.

Él llega a su servicio
cuidando las maneras:
se es capaz una vez
y para siempre.

Pulido estetoscopio
le cubre la pechera.

Bajo el cariz sufriente
el semblante apretado
la facies demolida
el rostro amoratado
desfilan las máscaras.

El doctor no se asombra
pues no se asombra nadie.
El mundo es por costumbre
y no por alegría.

Sus pacientes calados
hasta el hueso cerrados
por infranqueables puertas
de aceros personales
lo esperan
lo resguardan en su altar privado.
No desean que nadie
interrumpa el trabajo
la parsimonia suave
la mano auxiliadora.

El doctor se santigua
imparte bendiciones
y aleja de sus ojos
el viento de las penas.

Sueño con músico

Alelado.

Aflautado.

Alfombrado.

Afilado.

Alambrado.

No sabe cómo ser si cae la noche y
se demora en la fruición de la ocarina.

Sapos vocean su piromanía.

Canarios arios.

Lobos aulladores.

Todas las voces de cintura cósmica.

Sobre el vientre marcial de los tambores,
la risa de los pianos,
la clepsidra de las guitarras,
deja su huella y se ilumina
de si mayor.

El sol es clave —dice
en su lenguaje de redondas.

Sueño con poeta

Como un punto en el misterio vaga
por el rumor de sus vísceras.
No es que se haga el sordo
ni que demore el momento.
Es lenta la tarea
de la encrucijada.

Mira las hormigas
llevando su pálido palito,
añora el químico destajo de su rastro.

“No mires dentro del aljibe —piensa—
estás en el fondo.
No bebas nada del pozo.
El corazón es una noche oscura.
Hemos caído del alma.
La pasión es un fondo sin agua.

No mires dentro de los ojos:
no hay tinta en la pupila.
La caída no tiene corazón.

El vértigo es un viento en la garganta.
No tiene aljibes el desierto.

Estás en el fondo.
No bebas nada de la sombra.
El corazón es un poema oscuro.”

El sin trabajo

“Me rehúso a ser un hecho consumado.”

CLARICE LISPECTOR, *Revelación de un mundo*.

“Hoy es el día del acero; su resplandor entra en los ojos de los muertos. Madre
indistinta: líbrame de quien se oculta entre palomas, cubre mi rostro, sálvame del
viernes.”

ANTONIO GAMONEDA, *Edad*.

Identidad

¿Esperar qué?
Cualquier sonido remite al silencio.
Toda plenitud es un vacío.

El que está sin trabajo no filosofa
pero no deja de pensar.
Y el pensamiento es un alud
que lo sepulta.
La sepultura del sin trabajo es una vida
que lo pone en la ausencia.
Un hueco en el vacío.
Alguien que calla en el silencio.

El sin trabajo escucha
sus propias palabras
como quien oye llover.
La lluvia de la rutina
le anestesia el oído.
Él cree haber perdido sus pájaros,
y un omnisciente mar le marca el tedio
de un ritmo que le amansa el pensamiento.

El sin trabajo repasa su imperfecto pretérito.
El que tuvo trabajo y lo perdió
es como el que tuvo amor y se le fue.
No hay vino que lo consuele
ni viento que se lleve sus recuerdos.

Aunque creer es abjurar de lo increíble,
el sin trabajo se enrola entre los voluntarios de la fe.

Todo sin trabajo es un sin amor.

Sin alas

La fe del sin trabajo es una rama seca.

Ni una gota de nada
ni una luz donde mirarse.

La pequeña congoja
es un pico de pájaro
que mira a los costados y
no entiende.

La fe se quiebra, ni un poquito
de su agua lo refresca;
su corazón ya no mueve
montañas.

La justicia es una ilusión.

Pero él es justo.

La congoja parpadea
en su pecho de pájaro.

El olor de la parrilla vacía

El trabajo ha cesado.
El músculo duerme.
Si la ambición descansara
habría un horizonte.
Pero nada:
estado de coma.
Sedimentos
en el lecho de un río
que se niega a pasar.

Un pájaro canta en una rama.
El árbol ha florecido
y le ofrece abrigo y alegría.
El gorjeo es claro
como la mañana.
Pero pronto cesa.
El pájaro escapa.
El árbol, vacío de corcheas,
es generoso, sin embrago, en flores.

El sin trabajo mira la escena
bajo el toldo de aluminio

de una carnicería.

La vida huele a sangre —piensa—
y está hecha de olvido.

Vacaciones

Un soplo mece
las copas de los árboles
y su vino negro embriaga el aire.

Gritos
y susurros las hojas
dejan escapar
entre los dientes.

Viento de los ojos
sopla
en la mitad de la mañana y
se desangra.

Rojo y negro: la bandera
impone precauciones.
El sin trabajo recuerda
—sin trabajo—
el verano en que su padre lo llevó al mar.

Ruego

Brilla en la noche
la estrella del sin trabajo.
No forma una constelación
aunque miríadas son los estrellados.
La cola del empleo es un cometa sin cabeza.

¡Oh, Kepler:
inventa otro cielo!

Inhumano, demasiado inhumano

Callado como un árbol,
estampado en la luz sin atenuantes
bajo el peso del silencio innumerable,
el sin trabajo regresa de los siglos,
de las carreras sin llegada,
de los torneos donde no hay triunfadores.
Cada paso es de hormiga;
cada bocado es de pájaro;
cada sueño, de búho.
Nada en él es humano,
porque no hay humanidad que llegue
hasta ese fondo del fracaso.
Si le llegara la hora no dudaría
en recibir en plena cara
el soplo fresco de la muerte.
Pero vuelve a su hogar,
regresa de los hombros cargados de ceniza,
la silenciosa escarcha,
las penumbras.
Regresa apenas sin quejarse,
porque ya ni la muerte le pertenece.

Amor grabado en los árboles

El sin trabajo hiende la luz
y marcha hacia el misterio del día.
Cada corazón tiene lo suyo —piensa—
apoyado en el dolor del árbol,
en la piel que hirió la daga enamorada.
“Paco y María” —dice la corteza—
y el sin trabajo dice que nada
amamanta mejor que la querencia.
Pero nada es nombrable y lejos
de todo lo conocido
no se hace pie
no se hace
nada que prevenga la catástrofe.
El sin trabajo acaricia el corazón
que el puñal del amor grabó en el árbol
y cree que ahora es menos penoso
caminar hacia el final del día.

Cabeza gacha

Cuando la sombra apaga el día
el sin trabajo llega a su casa
y prepara la ausencia de mañana.

Se para contra el vidrio como una jarra etrusca.
Mira la noche para atravesarla.
Se esconde de sus ruegos y besa
la foto que dejó la difunta.

A la hora de dormir se acuesta,
apaga la vela de un soplido suave
y huele la parafina humeante
como si fuera tabaco del bueno.

Nada en su casa lo perturba:
si no tiene se dice
que no necesita.

Cuando amanece sale mirando al suelo:
el sol es tenaz, y lo ciega.

Una cena

No quiere que el arroz se le apelmace.
Controla el tiempo.
El anémico fuego.
Es hora de comer.
Pero bosteza.
Mira la luna y bosteza.

El agua está como de calcio.
Falta lo que se queda en el fondo,
la mirada fija en
la cuenta de la luz.

Por la ventana ve el cielo
las luces de la calle
bosteza
controla el arroz.

Las moscas

El que está sin amor
o el que está sin trabajo
ahuyenta —sin amor
pero no sin trabajo—
una mosca tenaz.

El insecto es religioso en su fastidio.
Como si orara,
como si el orbe levantara entre las alas,
se esfuerza en el zumbido
por imitar a la abeja.
Pero nadie esperaría de ese vientre negro
—a pesar del ojo verde o bordó—
la dorada descendencia de la miel.

El sin amor o el sin trabajo la mira
describir una órbita aleatoria
tomando su cabeza como sol.
Bebe
de a sorbos
todo el vuelo.

“Amor y trabajo

—piensa entre tragos—,
no alcohol y tabaco.”

De compras

Para un sin trabajo
hay algo mejor que otro sin trabajo:
trabajo.
Pero no desespera.
Le parece haber perdido hace siglos
el sentimiento de la derrota.
Las vidrieras lo miran
para ocultar lo que hay dentro.
Pero él ya sabe qué hay dentro:
algo que quiere y no necesita.

Si pasara un sin amor
y mirara al sin trabajo,
le daría envidia la transparencia.

Falta de memoria

El sin trabajo trata
de recordar una fecha.
Su esfuerzo se dirige
no a los números
sino a la imagen:
que aparezca un rostro,
un árbol, la cabeza
de un perro pidiendo amor.

Pero no pide nada. Trata
de alejar los errados pensamientos,
dejar la pista libre
para la imagen.
Quizá fuera importante
recordar algún nombre
algún rincón o aroma,
una sombra, un color.

No pasa nada.
No se le ocurre un gesto.
Tal vez no era un recuerdo,
o tal vez tuvo un sueño

y no recuerda los ojos.

Pero descreo, niega,
no contesta.

Los ciegos sueñan sonidos.

Edificio de categoría

Baja las escaleras
con elegancia de vasija romana.
La mano apenas roza
el polvo del barandal.
Los pliegues de la pollera
imitan la caída de un ángel.

El sin trabajo la observa
con precisión microscópica. Piensa
qué trabajo habría que tener
para poder enamorarla.

Mirada perdida

¿Qué ocurre en el aire?

¿Qué

sucede sin ser visto?

¿Qué oculta el abismo

de las pupilas?

Trabajo lento del agua

las piedras redondeadas,

la arena fina, la brusca

demolición de los glaciares.

¿Qué ocurre sin sentido

todo el tiempo

sin orden

entre el atardecer y el desconsuelo?

¿Qué pasa sin batalla

y en las heridas queda

brillante

pulido en la canasta de la fruta?

Trabajo de las olas

eólicas, del santo

patrono de la espuma.

¿Qué ocurre con los labios?
¿Dónde se oculta el terciopelo?

El sin trabajo mira
viejas fotografías,
observa su apariencia en el espejo.
No entiende cómo
se ha consumido su juventud
en estos años.

Esto no es un fantasma

El que está sin trabajo
cuelga de un perchero.
Su cotidiano deshacerse,
su ser nadie más que ropa
expuestos como un cuadro.
“Esto no es un perchero”,
habría dicho Magritte
si no fuera una momia,
una nada hecha de polvo y misterio.
Pero qué puede decir el sin trabajo
si desaparece de su ropa,
si no es nadie en el amor del mundo.

Con la punta de los dedos
aferra el puño de la camisa holgada.
Siente en la yema los hilos
de la tela raída.
Y vuelve a colgar del perchero
como la momia de Magritte.

Lengua a la vinagreta

Cuando la tarde se inclina
el sin trabajo agacha la cabeza
y vuelve sollozando
al occidente.

Morón.

Todas las bocas miran al cielo
pero llueve solo agua.
Nadie ha visto nada similar a un bocado
porque miran con la boca.
En la ceguera de la hambruna
los ojos titilan como luciérnagas.
Parecen de perro las miradas
que padecen el brillo gástrico del crimen.

“Qué se le va a hacer”
—piensa el sin trabajo—
y el huracán de la humedad le venda el rostro
no más abrir la puerta.
De tanto no oler asado
se le atrofia la pituitaria
y él vacila entre quedarse y salir

que es quedarse afuera.

“Como todas las bocas miran al cielo
llueve solo agua” —dice—.
Nadie en el cielo ve cómo
también la lengua se atrofia
con el hambre.

Con la vista en el horizonte

El sin trabajo se quedó sin luz:
se lo tragó la verdad.
Ni acomodarse pudo: vacío
como silueta forense.

¿Por qué esperar del mundo una respuesta?
¿Qué sabe de uno la noche?
No hay fuera de las manos una acción.

Sólo lo inmóvil persevera:
lo demás es del viento.

San Cayetano

Es un día de fuego.
Estalla en los ojos
el sol de la cúpula
y es un incendio de odio la campana.

Cantan los fieles una fe que se apaga.
San Cayetano tiene la espiga marchita.

Pero bailan como alambres
las filas de fidedignos,
las columnas encendidas de la grey.

Es un día de fuego
porque hay fuego en los ojos
porque es de fuego el rostro que confía.

Es de fuego y tiene hambre.
La sombra no se come.

Ya no se bendice el agua.
Dios no tiene perdón.

El que está sin amor
o el que está sin trabajo
abandona la fila de creyentes
y camina junto a las paredes
escritas por los herejes.

Plegaria

Sobre su mesa de juntar silencio
hay un mantel de hilachas destejidas
donde cruza las manos
para orar.
Él sabe que ningún pan
es el producto de la ausencia de trabajo.
Y a su manera cree
que Dios proveerá
si él sale a buscar lo que no hay.
El sin trabajo no va a la iglesia.
Su religión es un secreto
entre él y las cosas:
la energía
que mueve el agua,
la fuerza
con que el viento no deja de soplar.
Pero son otros vientos
los que soplan afuera.
Y el sin trabajo no es sordo.
También reza para que nunca
se apague el fuego,
que no deje de cantar
el corazón.

En la ruta

El sin trabajo huele a quemado.
Su aspecto de sí mismo
lo descubre ante el mundo.
Como el amor se come con champán,
el sin trabajo no piensa enamorarse.
Pero vivaces
sus ojos se despiertan
cuando huele en el aire.
El sin trabajo cree en el humo
de las gomas encendidas.

Viento del pueblo

El sin trabajo abre la puerta de su viento.

Nada detrás.

Como si el soplo de su interior monstruoso la hubiera hecho desierto.

Por la mañana enlaza con un hilo su cordura
para anudar la red que le devuelva el mar.

La espera es angosta.

Volátil, la ceniza de los ojos.

Inciertas son las horas del recuerdo,
las caminatas bajo los puentes.

Llueve terror.

La mano líquida del insensible baja a moler el trigo del silencio.

A hacer tiza de los huesos.

A rasgar el corazón como un puñal.

Pero suena la trompa en el desierto.

Las heridas empujan

al que llega clamando.

El que mata de un salto.

El que abreva la sangre indetenible.

El que corre como un hilo de fuego.

Ya se oyen las paredes que han guardado los gritos.

Ya vienen avanzando las paredes.



DATOS DEL AUTOR

Eduardo Mileo

emileo@telecentro.com.ar

Eduardo Mileo nació en Buenos Aires el 4 de julio de 1953. Editó los libros *Quítame estas cruces* (Ediciones del Escuerzo, 1982), *Tiendas de campaña* (Trocadero, 1985), *Dos épicas* (con Alberto Muñoz, Filofalsía, 1987), *Puerto depuesto* (Ultimo Reino, 1987), *Mujeres* (Ultimo Reino, 1989), *Misa negra* (con Alberto Muñoz, Ultimo Reino, 1992) y *Poema del amor triste* (Ediciones en Danza, 2001), *Poemas sin libro* (1er premio de poesía del Fondo Nacional de las Artes, Ediciones en Danza, 2002), *Muro con lagartos* (Ediciones en Danza, 2004) y *Poemas del sin trabajo* (Ediciones en Danza, 2007).

Editó el casete *Mujeres* (Circe/último Reino, 1989), donde recita poemas del libro homónimo y del inédito *Cuidado con el perro*. Realizó, con Alberto Muñoz, el trabajo de teatro musical *Misa negra* (1991). Junto al compositor Raúl Mileo, ha actuado en la capital y el interior del país presentando los espectáculos *A boca de jarro e Irala*, *sueño de amor y de conquista*. Integró el grupo poético *La Epopeya*, junto a Alberto Muñoz y Javier Cófreces. Fue miembro del consejo editorial de la revista de poesía *La Danza del Ratón* hasta su último número, aparecido en 2001. En el año 2000 recibió una beca nacional del Fondo Nacional de las Artes. En el 2001 ganó el Primer Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes.

[NOTA: Revista Ñ, Bs As., 19 enero 2008](#)

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
poemas_del_sin_trabajo_Mileo.epub.

